

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM 538.

MADRID 16 DE JULIO DE 1844.

Segunda serie

RIENZI,

6

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

Tan nobles é imponentes eran los ademanes y la postura de Adriano, que hasta los rudos sayones dieron muestras de asentimiento, mas no sucedió lo mismo con su amo. Habiale afectado sobremanera la hermosura de la presa que acababan de arrebatarse: acostumbrado sin límites á las violencias y á la impunidad, solo la vista, solo la voz de un Colonna herian sus ojos y oídos. ¿Qué no le sucederia al ver á un Colonna interviniendo en sus desórdenes y afeando sus vicios?

—¡Presuntuoso! exclamó con los labios trémulos de rabia: no veagas á aturdirme con tus necias retahilas, ni con tus propósitos de viejas. No pienses en arrebatarme lo que me pertenece cuando está en mis manos tu propia vida: sepárate de esa jóven, arroja tu acero, vuelve á tu casa sin mas habladurias, ó juro por mi fé y por las espadas de mis gentes que eres muerto.

—Señor, dijo con calma Adriano mientras retrocedia sin abandonar su hermosa carga hácia la pared mas próxima, á fin de no arriesgar sino un solo lado en tan desigual combate: señor, de cierto no querrás abusar de tu superioridad presente, ni mancillar tu nombre, atacando ocho espadas contra una á un enemigo por mas que sea hereditario: no obstante escúchame; si piensas proceder de ese modo, tén presente que con un solo grito puedo aventajarte en el número de combatientes: estás en el barrio de mi tribu y rodeado de las casas de los Colonnas: en ese alcázar pululan hombres que duermen con el arnés sobre la espalda, hombres pendientes ahora de mi voz, pero de cuyas manos no podré librarle una vez que saboreen tu sangre.

—Dice como un santo, señor, gritó uno de la banda: hemos traído nuestra bida mas allá de lo que conviene: nos hallamos sobre su terreno. Poco dista el palacio del viejo Esteban, y hasta sé, añadió en voz baja, que hoy han cruzado sus portas diez y ocho hombres de armas á caballo del Norte.

—Aunque hubiera ochocientos á dos varas de mí, dijo Martino furioso, no consentiria en que me arrebatase mi botin un solo enemigo en medio de mis gentes; ¡llevaos á esa muger! ¡adelante!

Y diciendo y haciendo se arrojó sobre Adriano, quien sin quitarle ojo se apresó al asalto. En el instante de cruzar su espada con la del enemigo gritó con voz robusta «¡Há de los Colonnas!»

Tan avisado el jóven como dueño de sí mismo, habia procurado, y no sin objeto, dar largas á aquella plática. Desde que dirigió á Martino las primeras palabras vieron brillar sus ojos al fulgor de la luna las armas de dos hombres que avanzaban por el extremo de la calle, y la proximidad del palacio Colonna le hizo creer fuesen mercenarios del conde Esteban.

Dejó deslizarse suavemente al suelo el inmóvil cuerpo de la hermosa y desmayada Irene, cuyo peso no podia soportar su brazo izquierdo, y protegiéndola por el lado de los acometedores mientras la defendia por el otro la pared, á que tuvo la precaucion y la seguridad de arrimarse, se limitó á parar los golpes que

se le dirigian con ciega precipitacion, sin cuidarse de devolverlos. A pesar de estado de guerra en que vivian, pocos romanos poseian aquella destreza en el manejo de las armas, y aquel arte en sacar ventaja de la posicion respectiva que Adriano habia adquirido en el Norte, y que tan provechosos le fueron en la desigual pelea. Preciso es tambien confesar que las gentes de Orsini no participaban de la cólera en que se ardia su dueño. Temieron al pronto por sí mismos las consecuencias del asesinato de un hombre de tan alta alcurnia: despues les agitaba la continua zozobra de que les atacasen los formidables soldados que tan cerca de sí tenian; de modo que tirando golpes al acaso, y mirando alternativamente á los lados y á la espalda, parecian mas dispuestos á la fuga que al combate.

Al primer choque de las espadas huyó la infeliz nodriza repitiendo el grito de Colonna recorrió de un extremo á otro la desierta calle, y atravesó las temibles puertas del palacio de Esteban, ante las cuales se paseaban todavía algunas figuras siniestras, sin detenerse, pues tanto la sobrecogia el miedo.

Entre tanto los dos hombres que descubrió Adriano se acercaban lentamente por el lado opuesto de la calle. Uno de ellos era personaje vulgar y ordinario á todas luces: sus armas y el tono de su musculatura indicaba su profesion y su raza; y á juzgar por el respeto sin límites que manifestaba á su compañero y su raza, da en que este no era hijo de Italia, pues aunque los bandidos del Norte se ponian á sueldo de los vicios del Mediodia, no tenian reparo alguno en hacer alarde del precio que su cobardia les inspiraba.

El compañero del bandido era un hombre de anostura marcial á la vez que desembarazada: en vez de casco llevaba un sombrero de terciopelo carmesí del que caia con gracia sobre su frente una pluma tan blanca como la nieve. Por delante y por detrás de su manto de escarlata se veia bordada una gran cruz blanca, y el bruñido de su coraza era tal que cuando al andar se entrecruzaban el manto, reflejados por el metal los rayos de la luna producian una luz tan brillante como el mismo astro.

—No, Rodolfo, decia, si te las hás de un modo semejante con ese vulgar conspirador, preservame el cielo de atraerte á nuestras gozozas banderas. Mas ¿Crees tú que ese Rienzi posea realmente un poder sólido y temible?

—¡Bah! Nada de eso, noble jefe, le ama el populacho, pero los nobles se le rien en sus barbas: respecto á los soldados como no tiene dinero dicho está todo.

—Y dices que le ama el populacho?

—Sin duda alguna, y cuando levanta la voz acalla como por encanto todos los gritos de Roma.

—¡Hum! cuando se aborrece á los nobles y se compran los soldados en una sola hora puede recobrar el populacho su preponderancia, donde el pueblo es sensible, el populacho es débil, donde el pueblo es corrompido, el populacho es fuerte, se decia á sí propio el caballero, sin apercibirse acaso de la eterna verdad de ese axioma. Ese Rienzi no es un sedicioso despreciable y aun sospecho... mas éllo es silencio! ¿Qué ruido es ese? Parece el choque de nuestro metal.

—¡Y ese grito de Colonna! ¡Permitidme, Señor, que acuda á mi puesto! exclamó Rodolfo.

—Así lo exigen tus compromisos; pero aguarda; quiero acompañarle de vuelta esta vez única, solo por el gusto de batirme. Juro por mi diestra que no halla música mas armónica que el choque de dos aceros.

(Continuará.)

UN CASAMIENTO DE LA VENDÉE.

(CONCLUSION.)

Cuanto mas se entregaba Baudelot á su alegría franca y natural, mas olvidaba que la noche corria con una rapidez espantosa. Al mismo tiempo, cuanto mas se adelantaba la hora, tanto mas se estremecian las señoras hasta el fondo de su razon, considerándole ya como muerto; porque era aquella una época que se aproximaba tanto á la en que el honor frances estaba con todo su brillo, que solamente la presencia de Baudelot en el baile bastaba para hacer perder toda esperanza acerca de su perdon; se sabia demasiado bien que le sujetaba mas su palabra que las cadenas de hierro; por otra parte aqui cada uno cumplia su obligacion, Baudelot y Hamelin. Este, consintiendo que asistiese á la fiesta Baudelot, no hacia el menor agravio á la junta de salud pública, porque este comité no perdia ni un cabello de Baudelot por su asistencia al baile.

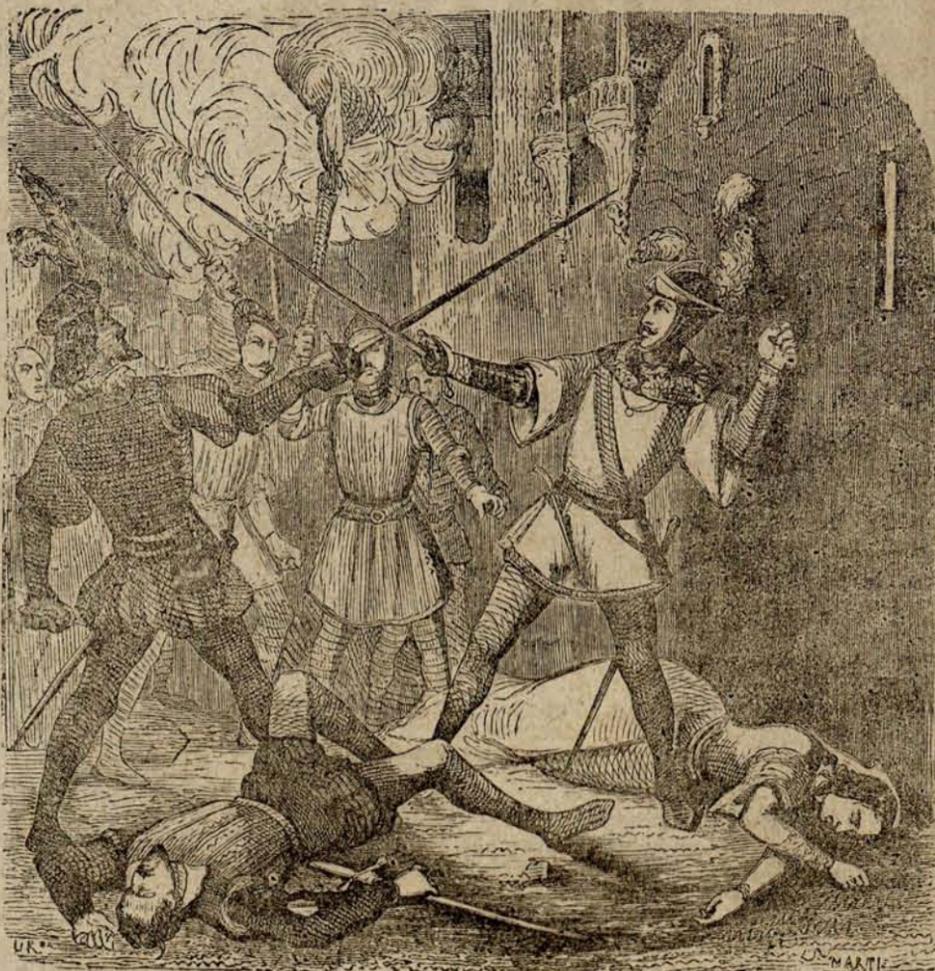
Por consiguiente, es facil de presumir que todas las miradas que á él se dirigian fueron muy tiernas, todas las sonrisas muy amables, y aun mas de un suspiro se escapó de algunos pechos á vista del gallardo proscrito. Respecto de este embriagado con tanta felicidad, se hallaba en el colmo de la pasion y del amor. Así fue, que cuando bailó por tercera vez con la reina del baile, la hermosa desposada, sintió que la mano delicada de esta temblaba en la suya, y él se estremeció á su vez.

Dirigió la vista á su jóven pareja y la encontró pálida y moribunda. —¿Qué os sucede, Eleonor? ¿Qué teneis, señora? Por compasion, por piedad, no tembleis y palidezcais así.

Entonces, mirando hácia las cortinas del salon, que oscilaban con el movimiento de las parejas, ella le señaló con el dedo manifestándole que los primeros albos de la mañana empezaban á penetrar por entre las cortinas.

—¡Ya amanece! fue lo único que pudo decir á Baudelot.

—Y bien, contestó este, ¿qué importa? Ya viene el dia; en cambio he pasado la noche mas feliz de mi vida; os he visto, os he amado y he podido deciros «Yo es



adoro,» y bien sabéis que los moribundos no mienten jamás. Ahora, Eleonor, adiós. ¡Que seáis feliz! ¡Recibid la bendición de un chuan! ¡Adiós!

• Era costumbre en Bretaña abrazar á su pareja y besarla en la frente al concluir la última contradanza.

Finalizado el baile, Baudelot tocó sus labios y tocó la frente de Eleonor. Esta sintió una conmoción eléctrica, todo su cuerpo permaneció inmóvil y su frente apoyada en los labios de Baudelot.

Esta situación duró un segundo. Ella volvió en sí y Baudelot la condujo á su asiento.

Entonces Eleonor le hizo que se sentara á su lado, y le dijo.

—Escuchad: es necesario partir. Atiende, va van á enganchar los caballos en el carruaje que debe conducirte á Nantes; dentro de dos horas vas á morir; huye pues. Si quieres partiré contigo. No dirán que es el miedo el que te hace huir, sino el amor. Oye; si no te decides á huir, ya sea solo, ya sea conmigo, me arrojaré debajo de las ruedas de tu carruaje y pasarás sobre mi cuerpo hecho pedazos.

Todo esto lo decía muy bajo, sin mirar á Baudelot, casi sonriéndose, y como si hablara de otro baile.

Baudelot no la oía, pero la miraba con una alegría que jamás había sentido su corazón. ¡Cuánto la amó! se decía Baudelot.

Cuando ella concluyó su amante la dijo:

—Bien conoces que eso es imposible, Eleonor. Ah! si yo estuviera libre, no tendrías ciertamente otro esposo que á mí; pero ahora ni me pertenezco á mí mismo, ni á tí, ni á nadie. Adiós pues, ángel hermoso; y si es verdad que me amas, devuélveme esa flor campestre que te envié desde mi calabozo; devuélvemela, Eleonor ella ha adornado tu seno y ella me ayudará á morir con resignación.

Cualquiera que en este instante hubiera fijado la vista sobre Eleonor se hubiera pre-un ado á sí mismo: ¿Está muerta? El silencio era solemne, la música había cesado, el día inundaba con su luz todo el salón; ya no había remedio.

De repente un gran ruido de ginetes y caballos se oyó por la parte de afuera. Al escuchar esa señal, que venía del lado de Nantes, todas las mujeres, por un movimiento unánime y espontáneo, cubrieron con su cuerpo al cuerpo de Baudelot; pero ¡oh felicidad! eran los soldados de Baudelot, que venían á libertar á su jefe. Ya habían penetrado en la quinta, y andaban por el jardín dando voces: ¡Baudelot, Baudelot!

Los chuanes quedaron bien admirados de encontrar á su capitán, á quien creían cargado de cadenas, rodeado de mujeres bizarramente adornadas, y él mismo vestido de gala, traje con que ellos no le habían visto nunca.

La primera pregunta que les hizo Baudelot fue la siguiente:

—¿Habeis entrado en el palomar, señores?

—Sí, contestó uno de ellos: por allí es por donde hemos empezado, capitán. No haya miedo que volvais á albergaros en él, ni vos ni ninguno de los pichones que lo han habitado: el palomar yace por tierra.

—Si así es, dijo Baudelot sacando su espada, heme aquí suelto de mi palabra, y ya estoy libre. Gracias, mis valientes.

En seguida quitándose el sombrero:

—Señora, dijo con una voz muy dulce, recibid todo el agradecimiento de que es capaz un cautivo.

Baudelot pidió un carruaje.

—Hay uno ya preparado, capitán, repuso uno de los suyos; es el que debía conducirnos á Nantes, según nos ha dicho el dueño de esta quinta.

A este tiempo Baudelot divisó á Hamelin atado con las mismas cuerdas que habían servido para él.

—Capitán Hamelin, dijo Baudelot, servicio por servicio. Solamente que en vez de desatar vuestras ataduras, permitidme que las corte. No quiero que estas cuerdas sirvan para nadie más.

Por último viendo que Eleonor volvía en sí añadió:

—Capitán Hamelin, es una época muy tris e para desposorios estos tiempos, de guerra civil y de sangre: no se sabe nunca si serán interrumpidos por la mañana por tener que ir á sorprender algún enemigo, ó por la noche por algún ataque imprevisto. Dejad, pues, para otro día si os place, vuestra boda. Mirad vuestra prometida también os lo suplica.... Noble señorita; permeis á unos pobres chuanes que tengan el honor de conducirnos á vuestro castillo de Mailly? ¿Seréis tan buena que consentáis?

Y todos los chuanes partieron á galope gozosos y contentos por haber libertado á su capitán y pavoneándose con su triunfo bajo el sol que empezaba á salir. ¡Infelices, les quedaba tan poco tiempo para gozar del sol! Todos murieron aquel mismo día, en la misma batalla en que murió Cathelineau el padre, porque á habido dos de este nombre que ambos han muerto por la misma causa, por realistas, por cristianos. ¡Oh, que tiempos tan felices!

Hay hombres que son inmortales hagan lo que hagan. Baudelot de Derval no fue muerto á pesar de no haber abandonado la Venée ni siquiera por el espacio de una hora. Cuando su país se vió menos inundado de sangre Baudelot se casó con Eleonor de Mailly; el capitán Hamelin firmó el contrato como testigo municipal.

Aquí concluye mi historia ¿No os sorprende como á mí la suerte del conde Baudelot?

FIN.



REVISTA DE TEATROS.

De Palma nos dá nuestro corresponsal las siguientes noticias de teatros.

TEATRO PRINCIPAL.

Sábado 29.—*Marino Faliero*.—Qué estrepitosamente aplaudido el duo de Faliero é Israel, y no sabemos como interpretar esta ocurrencia. Merecido es sin duda el favor que se le dispensa al Sr. Pons, ¿pero se halla en igual caso su compañero? ¿Ha obrado siempre el público con él de la misma manera? La experiencia y los sucesos han demostrado que no. Estamos lejos de atacar la propiedad que cada espectador adquiere al comprar su billete de silvar ó aplaudir cuando le parece, pero sí reprobaremos el mal uso é intempestiva aplicacion de esta facultad. No

mos de los que queremos oír silvidos en el teatro, á guisa de circo tauromáquico, cuando el silencio es la mas evidente prueba que se le puede dar del disgusto que causa á un actor que espera ser aplaudido; tampoco nos complacemos en la desgracia de cualquiera de estos; pero si quisiéramos, en pro del buen concepto de sensatez que este público tiene adquirido que los aplausos no fueran hijos del capricho, que no se prodigasen sin fruto, y que solo fuesen el justo premio de la verdadera habilidad, y dispensados en ocasion oportuna.

De este modo se estimula el mérito de los cantantes, cuando por el contrario halagando su vanidad, la túpida venda del amor propio ciega su entendimiento, y se entregan en brazos de la confianza para no hacer ya mas de lo que han hecho pudiendo hacer mas en adelante.

Domingo 30.—*Norma*.—Se rectificaron algunos errores en esta representacion, pero no disminuyó la opinion que el público ha formado y que emitimos en nuestra Revista anterior; no obstante, la música de esta ópera siempre complace. Jueves 4.—*Norma*.

TEATRO NUEVO.

Viernes 28.—*El Alcalde de Sardan ó los dos Pedros*. En vista de las rancias comedias y decrepitos sainetes que esta compañía pone en escena, podiera muy bien apellidarse el de san Francisco teatro arqueológico.

Domingo 30.—Repetiöse *Santa Isabel*, baile y la tonadilla de la vuelta del Soldado.

Viernes 3.—Consecuente esta compañía en su propósito de desenterrar las piezas que el tiempo y el buen gusto condenaron á eterno olvido, pone hoy en escena la tragedia *Blanca y Moncasin, ó los Venecianos*, que entre las peores de su clase es la mas detestable. Argumento, rima, lenguaje, situaciones, todo en ella es prosáico, insufrible; y cuenta que no somos nosotros solos los que así opinamos de este aborto, pues aun en la flor de su época, el señor Arriaza, haciendo mencion en una graciosa crítica, de su plañidero estilo dijo:

«Lloraban de dolor hasta las mulas

De los coches que estaban á la puerta» etc.

Con tan gratos alicientes no espues extraño que la concurrencia de este teatro quede reducida á los ratones del edificio.

Nuestro corresponsal de Sevilla nos dice lo siguiente:

Antes de anoche tuvimos el gusto de ver á la señora Valero en el difícil papel de *Doña Mencía*. Su voz, sus miradas, sus ademanes que en varias ocasiones habíamos admirado en los diferentes dramas que con tanto agrado del público representó en otras temporadas, volvieron á cautivar nuestros ojos y nuestros oídos, que nunca se cansarán de verla, ni oirla. El público premió su mérito con los aplausos, que jamás escasea á los buenos actores, especialmente en el delirio del tercer acto, que con tanta perfeccion ejecutó, y la llamó á la escena despues de concluida la funcion coronándola de nuevas y repetidas muestras de entusiasmo. Aconsejamos á la parte del público que no concurrió al teatro la noche del lunes, que acuda á las funciones que va á dar la señora Valero, ya que por desgracia ha de ser tan escaso número.

VARIEDADES.

Se han repartido las entregas 28 y 28 de la interesante, y curiosa publicacion de *los Españoles pintados por sí mismos*. Concluye en la primera el tipo del *Cómico* y la *Viuda del militar*, por D. J. de Salas y Quiroga. *El Seise de la catedral de Sevilla*, por D. Juan José Bueno. Continúa abierta la suscripcion en el despacho de su edictor el señor Boix.

Se ha repartido el tomo 9.º de *los misterios de Paris*, y está en pronsa el 10 y último de la novela.

TEATROS.

DE LA CRUZ

A las ocho y media de la noche: La comedia en dos actos, titulada; JUAN DE LAS VIÑAS. Intermedio de baile nacional Terminará el espectáculo con la comedia en un acto, titulada: LA CASA EN VENTA.

DEL PRINCIPE.

Hoy no hay funcion.

DEL CIRCO.

A las ocho y media de la noche: primera representacion de la ópera en cuatro actos, titulada; LA FAVORITA, adornada de bailes y de cuanto aparato pertenece á su argumento.

DE VARIEDADES.

A las ocho y media de la noche: LA MANSION DEL CRIMEN, O LA VICTIMA, comedia en un acto. Seguirá LA MOLINERA, comedia en un acto. Baile nacional. Terminará con la comedia en un acto, titulada: LOS DOS PRECEPTOS.

IMPRENTA DE DON IGNACIO BOIX, calle de Carretas, número 8.